



Víctimas, dolor y resiliencia femenina en *Hive* (Bierita Basholli, Kosovo, 2021)

Por Igor Barrenetxea Marañón
Universidad Internacional de La Rioja (UNIR)

Justamente, en este contexto actual, es muy adecuado recordar otro conflicto que resultó ser tan desolador y que dejó tras de sí, no hace tanto tiempo, profundas y dolorosas cicatrices: la guerra en la extinta Yugoslavia y sus consecuencias. En *Hive*, intimista y delicada realización, se tocan las teclas tan difíciles de las desapariciones forzadas ocurridas en Kosovo, en 1999, cometidas por parte

de los serbios. Ambientada en la pequeña localidad de Krusha, en Mahde, en tiempo presente, muchas mujeres aguardan saber el paradero incierto de sus familiares.

La trama, de ritmo lento y pausado, va poco a poco introduciéndonos en un universo muy particular como es la suerte de estas mujeres que han de buscar la manera de salir adelante, solas o con hijos a su cargo. Malviven y subsisten con unas pocas ayudas. Entre ellas destaca Fahrije (una excelente Yika Gashi), la cual no sabe nada de su marido: cree que fue ejecutado y tirado al río, como tantos otros, pero no se han descubierto sus restos, por lo que también está la duda de si fue capturado y hecho prisionero.

Aun así, tiene que hacerse cargo de un niño y una adolescente, además de su suegro, Haxhi (Çun Lajçi), impedido en una silla de ruedas. Van tirando con la venta de miel, en un mercado local, de los panales de los que antaño se hacía cargo su esposo, pero no es suficiente. Viven muy justos.



DOI: <https://doi.org/10.1344/fh.2022.32.2.467-471>

FILMHISTORIA Online y todo su contenido escrito está bajo una licencia de Creative Commons Reconocimiento-No comercial-Compartir bajo la misma licencia 4.0.



Fahrije convive, así mismo, con la procesión del dolor.

Desde la asociación de mujeres, que intenta impulsar diferentes iniciativas para ayudarlas a encontrar trabajo, proponen sacarse el carné de conducir, al contar con un destartalado coche. A pesar del buen acogimiento inicial de la propuesta, ninguna parece estar decidida. Las mujeres, jóvenes o veteranas, todas en una parecida situación, no pueden o no se atreven, tienen miedo al qué dirán o a la negativa de sus familiares masculinos. Son rehenes de las viejas costumbres patriarcales, en donde se confunde dignidad con decencia, sin importarles la precaria situación por la que están atravesando.

La película es trazada con una prosa narrativa muy sencilla que poco

a poco va ganando más fuerza emotiva a medida que transcurre y se va adentrando en una realidad más compleja para Fahrije, quien encabezará esta pugna por el empoderamiento femenino (pues conducir, ser autosuficientes, significaría no depender de los hombres). Solo encuentra resistencias y hostilidad a su alrededor, incluso una agresión. Su suegro la aprecia, pero no la ayuda, también se halla atado a viejos convencionalismos. Incluso tampoco está dispuesto a dar su ADN para facilitar la identificación de los restos de su hijo, pues no reconoce su muerte.

Finalmente, Fahrije, por mediación de su amiga Nazmije (Kumrije Hoxha) decide montar un negocio de venta de comida casera,



ajvar (una salsa a base de pimientos rojos triturados), para un supermercado interesado. Al principio, solo hallan fuertes resistencias a su alrededor. Tendrá que lidiar contra la incomprensión de su suegro y de su hija, y la de una comunidad que la trata como si fuese una “puta” porque conduce y actúa lejos de los cánones aceptables para una mujer. Y, al mismo tiempo, debe sobrellevar esa losa que es no saber nada de su esposo, del que solo conserva una vieja fotografía; posee pocos enseres personales porque su casa fue incendiada durante

la guerra. Pero a pesar de este cuadro áspero y gris, en esta resiliencia doliente de la protagonista, a medida en que se consolidan sus pasos, no solo va a encontrar una mayor comprensión por parte de su suegro e hija, sino de las mujeres de la aldea.

Al inicio, solo Nazmije la ayuda, hasta que se van sumando las demás a cocinar el *ajvar*. Unas mujeres que, dentro de esa hermandad que han constituido, se permiten hablar abiertamente de aspectos que ninguna se atreve a tocar fuera del círculo. Como barajar la posibilidad de que las más jóvenes podrían volver casarse (alguna se lamenta el haberlo hecho demasiado joven, incluso), deslizado, así, un tema difícil para ellas, porque al desconocer si sus esposos están vivos o no, desvela esa



especie de limbo en el que se encuentran, ni viudas ni casadas...

También, en ese espacio íntimo construido por ellas, se relajan, ríen y bailan, son personas de carne y hueso, no solo sujetos pasivos cuya vida se reduce a la espera. Pues, a pesar de tener que lidiar con el acoso y los infortunios (alguien destroza desalmadamente una remesa de *ajvar*), ellas persisten.

Así mismo, un aspecto muy interesante del filme, donde cobra su dimensión más profunda y emotiva, radica en que el personaje principal de Fahrije va cambiando. La fría y callada mujer del principio, que debe aguantar la adversidad y los reproches (su propia hija la acusa de querer olvidar a su

ello, a pesar de todo, con denodado desvelo, en esta lucha por sobrevivir, por superar y enfrentarse al estigma social, aunque su mayor deseo sea poder volver a abrazar a su marido. Aquí quedará claro como en esta atmósfera, a veces positiva, a veces angustiosa, la guerra es una losa



terrible que deja heridas imposibles de subsanar del todo (solo queda sobrellevarlas), alegoría que se revela en la lenta y laboriosa tarea de



padre), mantiene a la vana esperanza de un regreso imposible. Se aferra a

descubrir las fosas comunes e identificar los restos. Y que cuando el

ciclo de la violencia acaba son las mujeres, los niños y los ancianos los supervivientes, los que quedan atrás cargan con lo peor de ella, el dolor y la ausencia. Así, lo mejor de toda esta historia reside en que se inspira en hechos reales, que Fahrije no solo es una metáfora de tantas mujeres kosovares que padecieron y valientemente se enfrentaron a descarnadas penalidades, sino una mujer de verdad.

La directora Basholli sabe extraer en *Hive*, no solo una valiosa

experiencia de vida, sino que la convierte en un alegato fundamental contra la violencia y los conflictos, gracias a su tangibilidad humanista y a una pureza visual en la que, sabiendo la dificultad que pueda tener en su distribución en circuitos comerciales, resulta ser una pequeña joya tanto cinematográfica como dignificadora del feminismo.

T. O. Hive. 2021, Kosovo. Coproducción Kosovo-Suiza-Albania-Macedonia. Productoras: AlbaSky Film, Alva Film, Black Cat Production, Ikone Studio e Industria Film. Dirección: Blerta Basholli. Guion: Blerta Basholli. Música: Julien Painot. Fotografía: Alex Bloom. Intérpretes: Yllka Gashi, Qun Lajçi, Aurita Agushi, Kumrije Hoxha, Adriana Matoshi, Arta Lahu, Molikë Maxhuni, Blerta Ismaili y Kaona Sylejmani. Duración: 84 min.